

El bautismo como oración en el nombre de Jesús

Wassertaufe, ein Gebet um die Geisttaufe? Zeitschrift für katholische Theologie, 100 (1978) 36-61

Junto a la discusión sobre el bautismo de niños, la problemática bautismal se ha centrado en los últimos decenios sobre todo en la comprensión neotestamentaria del bautismo. Hasta la 2.^a guerra mundial prevaleció la teoría del influjo helenístico y místico en el bautismo cristiano. O. Casel valoraba positivamente esta influencia, mientras la escuela protestante de la historia de las religiones la juzgaba como una adulteración del mensaje evangélico primitivo. Después de la 2.^a guerra mundial en cambio, ha ganado terreno la opinión de que para la comprensión del bautismo cristiano lo realmente importante no es el influjo helenístico sino el judío, y concretamente el bautismo de Juan. La discusión se centra actualmente en el bautismo de Juan y su relación con el bautismo cristiano. Juan anuncia el juicio y la proximidad del Reino de Dios, y entiende su bautismo de agua en un contexto escatológico orientado hacia "el que ha de venir", que bautizará con Espíritu y fuego (Mt 3,11 y par).

Markus Barth (y luego su mismo padre Karl Barth) defiende que la distinción entre el bautismo de agua y el bautismo del Espíritu se mantiene en todo el Nuevo Testamento y, consiguientemente, es válida para el bautismo cristiano. La mayoría de exégetas católicos y protestantes se opuso a esta interpretación, manteniendo la visión tradicional de que el bautismo cristiano de agua es, a la vez, un bautismo del Espíritu. El hecho de que M. Barth mantuviese una postura antisacramental pudo contribuir a que su tesis fuese globalmente rechazada y no se tuvieran suficientemente en cuenta valiosas intuiciones suyas. La cuestión sobre la comprensión neotestamentaria del bautismo no puede, pues, darse por resuelta.

Esta discusión exegética ha recobrado ahora nueva importancia en el marco de la nueva problemática de la salvación de los no cristianos. Mientras el Concilio de Florencia enseñaba que nadie podía alcanzar la salvación fuera de la iglesia (DS 1351), el Vaticano II afirma: "La divina providencia no niega los auxilios necesarios para la salvación a los que sin culpa suya no llegaron todavía a un claro conocimiento de Dios y, sin embargo, se esfuerzan, ayudados por la gracia divina, en conseguir una vida recta" (Lumen gentium 16). La necesidad, pues, del bautismo en orden a la salvación debe replantearse, y no vale ya continuar hablando del "bautismo de deseo" cuando se trata p. Ej. los ateos. La discusión exegética sobre la relación entre bautismo de agua y del Espíritu nos podría iluminar esta nueva problemática. Este es el intento de este artículo, y bajo esta perspectiva se analizan los textos bautismales del Nuevo Testamento, prescindiendo de las cuestiones de crítica histórica.

I. Hechos de los apóstoles

Para la teología de los Hch es importante la distinción entre el bautismo de agua y el del Espíritu. Lucas narra ya al comienzo cómo el Resucitado dice a sus discípulos: "Juan bautizó con agua, vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de pocos días" (Hch 1,5). La diferencia entre ambos bautismos es clara, sin que se haga mención de un bautismo cristiano de agua. En el texto de Pentecostés, donde se narra el acontecimiento del bautismo del Espíritu, tampoco se afirma que los apóstoles hubieran sido bautizados

simultáneamente con agua (tal vez algunos de ellos habían recibido el bautismo de Juan...).

Esta clara diferencia entre el bautismo de agua y el del Espíritu se halla en ulteriores pasajes de los Hechos: Pedro al ver que el pagano Cornelio ha recibido el Espíritu, se acuerda de la palabra de Jesús que distinguía el bautismo de agua de Juan del bautismo del Espíritu (Hch 11,16) y bautiza a Cornelio (Hch 10,47). Esta misma diferencia entre bautismo de agua y del Espíritu la hallamos en el pasaje en que los Samaritanos, convertidos a la fe por Felipe, piden a los apóstoles Pedro y Juan recibir el Espíritu, ya que sólo habían recibido el bautismo en el nombre del Señor Jesús (Hch 8,15). Hay, pues, en los Hechos una "diástesis" o distinción entre bautismo de agua y del Espíritu, que no puede ser interpretada como excepcional, sino como normal.

Por otra parte, en los Hechos se distinguen netamente las obras del Espíritu de las acciones hechas "en nombre de Jesús". Del Espíritu se habla en 18 textos y siempre relacionado con el hablar: don de lenguas, profecía, testimonio, valentía para evangelizar. "En nombre de Jesús" suceden curaciones, por causa de este nombre los apóstoles tienen que padecer. El nombre de Jesús es predicado, invocado, alabado. En este contexto debe situarse el bautismo "en el nombre de Jesús" (Hch 2,38; 8,16; 10,48; 19,5). En Hch 2,38, el "convertios y que cada uno de vosotros se haga bautizar en el nombre de Jesucristo para la remisión de los pecados", correspondería al "en nombre de Jesús", mientras la segunda mitad "y recibiréis el don del Espíritu", a la acción del Espíritu. Entre ambos hay distinción, aunque no separación.

Finalmente, en Hechos la acción del Espíritu está preparada, por la oración (Hch 1,14; 4,31; 8,15; 9,11-17; 10,4; 13,2) y existe una relación entre oración y Espíritu, típica por lo demás del evangelio de Lucas (p. e. j. Le 3,21 una vez Jesús ha sido bautizado, estando en oración, el Espíritu desciende sobre El).

Veamos, ahora, si esta distinción entre bautismo de agua y del Espíritu es algo exclusivo de Lucas o bien se halla en otros autores del Nuevo Testamento.

II. Pablo

Las afirmaciones más importantes de Pablo sobre el bautismo se hallan en Rm 6,1-6, aunque su contexto sea de carácter ético. Pablo quiere hacer comprender al lector que el bautismo es bautismo en Cristo y concretamente en su muerte (Rm 6,3). Esta conexión entre bautismo y muerte de Cristo se halla presente en textos de Mc 10,30 y Le 12,49, y significa que en el Nuevo Testamento "bautizar" no sólo se refiere al rito del agua, sino a un acontecimiento escatológico de salvación y juicio. Pero de ahí no se deduce que el bautismo en la muerte de Cristo signifique un con-morir con Cristo, del que no se habla en Rm 6,3, ni tampoco en otros textos paulinos. Para Pablo, Cristo murió por los pecadores y nos reconcilió con Dios por su muerte, cuando nosotros todavía éramos enemigos. Esta reconciliación con Dios supone para Pablo que se ha muerto al pecado. Si, pues, fuimos reconciliados con Dios antes del bautismo, cuando todavía éramos enemigos, esto significa que ya antes del bautismo hemos muerto con Cristo en la cruz. Esto se confirma con textos como 2 Co 5,4 ("Uno murió por todos, todos pues han muerto"), Rm 7,4 ("Vosotros habéis muerto a la ley mediante el cuerpo de Cristo"), Ga 2,19 (que hace referencia a la cruz de Cristo y no al bautismo) y otros como 2 Co 5,19;

Ef 2,11-16; Col 1,22. Pero ¿cómo podemos haber muerto en la cruz de Cristo, acontecimiento anterior en el tiempo a nuestro mismo nacimiento? Se trata de un acontecimiento escatológico y definitivo, realizado de una vez para siempre. El Apóstol considera el pecado y la muerte como un poder real y éste fue vencido por Cristo en la cruz de una vez para siempre, y por tanto, nosotros en la cruz ya hemos muerto al pecado, cuando todavía no habíamos nacido. Entonces ¿qué aporta el bautismo? Rm 6,4 nos da la respuesta: "Fuimos sepultados con él por el bautismo en su muerte". El bautismo es, pues, un "ser sepultado con Cristo". Frente a la opinión de los exegetas que afirman que ser sepultado con Cristo equivale a la tríada muerte-sepultura-resurrección, hay que afirmar que para Pablo el bautismo hace referencia explícita sólo a la "sepultura". Jamás Pablo dice expresamente que el bautismo sea un con-morir con Cristo. En Col 2,12 también habla del bautismo como un ser sepultados con Cristo. Así pues, hay que decir que las expresiones de Pablo no conducen a ver en el bautismo una imagen de la muerte, sepultura y resurrección. El bautismo en su muerte es, específicamente, un "ser sepultado", como consta por Rm 6,4: "Fuimos sepultados con él por el bautismo en su muerte, para que así como Cristo por la gloria del Padre fue resucitado de entre los muertos, así también nosotros caminemos en la novedad de la vida". Porque el bautismo es un ser sepultado, se deducen consecuencias éticas del bautismo. Tampoco Rm 6,5 debe entenderse como una imagen o semejanza de la muerte de Cristo, sino como la "forma" concreta de esta muerte que fue la cruz, con la que los creyentes estamos directamente unidos. Rm 6,6 significa que en la cruz, no en el bautismo, hemos sido con-crucificados con Cristo.

Este análisis de Rm 6,1-6 confirma la tesis de Markus Barth según la cual el bautismo no es un conmorir sino un ser sepultado. Pero no se puede deducir de ahí, como hace M. Barth, que el bautismo sea una acción puramente humana y no un sacramento. Al contrario, el hecho de que por el bautismo hayamos sido sepultados "con Cristo" significa que el bautismo es una acción escatológica, un acontecimiento que trasciende el espacio y el tiempo. El creyente que por medio de su decisión de ser bautizado reconoce que ya mucho antes ha muerto con Cristo en la cruz, por el bautismo es sepultado y sella así su orientación a la cruz. Así, pues, el carácter de sepultura con Cristo del bautismo de la iglesia no queda desvalorizado ni reducido a un simple acto de reconocimiento humano, sino que pertenece a la misma esfera escatológica que el acontecimiento de la cruz.

Esta interpretación se confirma con la exégesis de Col 2,11s: "En él (Cristo) fuisteis también circuncidados, por una circuncisión que no es obra de manos, mediante el despojo del cuerpo carnal: en la circuncisión de Cristo, en el bautismo habéis sido sepultados con él y con él también resucitasteis por la fe en el poder de Dios que le resucitó de entre los muertos". La circuncisión de Cristo se refiere a su muerte en cruz. Los Colosenses fueron circuncidados en Cristo en la cruz y ahora por el bautismo son sepultados en Cristo. La resurrección ya ha acontecido pero esto no dispensa de un compromiso ético desde la fe.

Resumiendo todo lo dicho hasta ahora sobre los textos bautismales paulinos, llegamos a los siguientes resultados:

1. El conmorir aconteció a través de la muerte de Cristo en cruz;
2. El bautismo es sepultura;
3. A través de la fe se realiza una conversión hacia una vida nueva o la conresurrección. Estos tres sucesos no deben desconectarse, ya que el bautismo como

consepultura es, por una parte, bautismo en la muerte y, por tanto, un conmorir; pero, por otra parte, acontece en la fe y en su realización se confiesa la fe. Con todo, a pesar de estas conexiones, estos diferentes aspectos específicos no se han de mezclar. Así como el mismo Cristo fue el que murió, fue sepultado y resucitó, y sin embargo muerte, sepultura y resurrección no son lo mismo, igualmente aquí se da un único acontecimiento escatológico en el Espíritu, y sin embargo, el conmorir, consepultura y conresurrección no se pueden confundir indiferenciadamente en un mismo acto bautismal.

¿Contradican algunos textos como 1 Co 12,13 y Ga 3,27 esta visión? En 1 Co 12,13 se dice: "En un solo Espíritu hemos sido todos bautizados para no formar más que un solo cuerpo". Pablo exhorta así a la comunidad de Corinto a la unidad recordándoles el Espíritu y el bautismo en orden a formar un solo cuerpo. Pero de ahí no se puede deducir que Pablo invoque el bautismo del Espíritu, ya que en ningún lugar Pablo designa con "bautizar" la actividad del Espíritu. Aquí Pablo sólo afirma que los Corintios han sido bautizados para formar un solo cuerpo, y esta expresión está estrechamente relacionada con la de "bautismo en Cristo" con la que sólo se designa el bautismo de agua. El bautismo en cuanto consepultura es un reconocimiento de la muerte salvífica y universal de Cristo que ya ha precedido, pero cuyo reconocimiento sólo se puede realizar bajo la fuerza del Espíritu (cfr 1 Co 12,3). El bautismo por ser un bautismo en la muerte de Cristo, sólo puede acaecer en la fuerza del Espíritu, pero esto no significa que sea un "medio" para causar la venida del Espíritu. Para Pablo la fe precede al bautismo y ésta vive de la fuerza del Espíritu. La segunda parte del texto "para no formar más que un solo cuerpo", significa que el cuerpo en el que los Corintios han sido bautizados es el cuerpo de Cristo que se entregó para reconciliar los hombres con Dios y que por la resurrección fue constituido como cuerpo pneumático. El bautismo que en Rm 6,3 era en la muerte de Cristo, aquí se completa como un bautismo en el cuerpo resucitado y pneumático. Pero esto no significa que Pablo entienda el bautismo como una resurrección. Sin embargo se quiere mantener la estrecha relación existente entre bautismo y efusión del Espíritu como consta también en la frase siguiente: "todos hemos bebido de un mismo Espíritu".

El texto de Ga 3,27 "Pues todos los bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo", debe entenderse en el contexto de la libertad de la ley y de la filiación divina realizada por la fe. El ser revestidos de Cristo tiene un sentido ético y moral y equivale al "llevar una vida nueva" de Rm 6, como consecuencia del haber sido bautizados, es decir, consepultados en Cristo.

Pablo todavía tiene otros textos bautismales, que muchos exegetas interpretan como relativos al sacramento del agua, pero cuya interpretación depende en realidad de los textos que hemos analizado. En concreto: 1. Los versos referidos al bautismo en Pablo son pocos, comparados con los que hacen referencia a la predicación, la fe y el Espíritu; 2. La expresión "fuerza de Dios" en Pablo se refiere al evangelio y a la predicación de la cruz (Rm 1,16; 1 Co 1,18), pero no al bautismo; 3. En 1 Co 1,14, Pablo agradece a Dios el que no haya bautizado a nadie en Corinto, y seguidamente el que no haya sido enviado a bautizar sino a predicar, lo cual no se entendería si el bautismo fuera concebido como un conmorir y un conresucitar. 4. En 1 Co 4,15, Pablo se proclama padre de la comunidad por haberla engendrado en Cristo a través del evangelio, pero no hace ninguna alusión al bautismo; 5. Pablo distingue entre "reconciliación" (realizada en la Cruz, Rm 5,10; 2 Cor 5,18.19) y "salvación" (acontecimiento futuro esperado Rm

5,9.10; 8,24; 9,27; 10,9.26; 1 Co 1,18.21...). La reconciliación ha sido realizada, por Cristo en la cruz cuando éramos pecadores, la salvación sucede gracias a la fe que produce la con-resurrección.

Para Pablo el bautismo tiene un lugar preciso en su predicación. A través de la sepultura de Cristo, sus contemporáneos se convencieron que el crucificado había realmente muerto. También el bautizado, en cuanto ha sido bautizado en la muerte de Cristo, se convence de que antes de su conversión el pecado ya ha sido vencido y el mundo reconciliado con Dios, y esto es algo irrepetible como la cruz, y por esto es bautizado por la iglesia una vez para siempre. Este testimonio no sólo es humano, sino escatológico.

Las expresiones bautismales de Pablo, aunque suenen diferentemente de las de Lucas, poseen una estructura semejante. Así como en Lucas se da la distinción entre bautismo de agua y del Espíritu, sin que ambos se separen, en Pablo se diferencia el bautismo de agua (consepultura) de la muerte de Cristo (conmorir) y de su resurrección (conresucitar). En ambos el bautismo de agua se orienta hacia el acontecimiento escatológico básico, sin que coincida con él. Tenemos pues ya una comprensión fundamental del bautismo, que debe ser todavía relacionada con otras afirmaciones del Nuevo Testamento.

III. La 1.ª carta de Pedro

En este escrito del Nuevo Testamento nos encontramos con unas expresiones del bautismo que casi pueden considerarse como una definición, primero negativa y luego positiva del acontecimiento bautismal. Es un texto que comienza con unas oscuras alusiones a la predicación de Jesús a los espíritus encarcelados, que después ve en el arca de Noé una prefiguración del bautismo y luego sigue: "El bautismo entonces prefigurado es el que ahora os salva a vosotros y que no consiste en limpieza de la suciedad del cuerpo, sino en la petición a Dios de una buena conciencia, por la resurrección de Jesucristo (1 P 3,21). En el contexto de la 1 P, en el que se habla de la fuerza regeneradora de Dios y de su Palabra, (1 P 1,3. 23), esta descripción del bautismo como "petición" quiere evitar una concepción mágica del bautismo.

Pero para comprender mejor el bautismo como oración de petición, hemos de ir más allá de la 1 P y abordar el tema de la oración en otros escritos del Nuevo Testamento: Pero ya desde ahora surge la cuestión de si existe una doctrina bautismal unitaria en el Nuevo Testamento: Lucas utiliza el tema del bautismo del Espíritu, Pablo se orienta hacia el destino de Jesús en su muerte, sepultura y resurrección, la 1 P relaciona bautismo con oración. A pesar de estas diferencias, todos coinciden en una análoga estructura: Una acción humana se orienta hacia un acontecimiento escatológico y al mismo tiempo se diferencia de él. Por un lado están el bautismo de agua, la consepultura, la oración. Por otro, el acontecimiento escatológico que es descrito como bautismo del Espíritu, como muerte y resurrección (en la que se incluyen el conmorir y el conresucitar) o como resurrección de Jesús. Esta estructura no es casual. Un breve análisis de las acciones realizadas "en nombre de Jesús" nos mostrará que nos hallamos frente a una estructura básica del Nuevo Testamento.

IV. Oración en nombre de Jesús

La fórmula "en nombre de Jesús" se encuentra frecuentemente en el Nuevo Testamento. En este nombre se expulsan demonios, se realizan curaciones, son perdonados pecados; en este nombre se cree y gracias a esta fe los creyentes tienen vida. En nombre de Jesús se hacen recomendaciones y exhortaciones a los fieles. Por este nombre se soportan sufrimientos y afrentas, y todo cuanto se hace -palabras y obras- ha de hacerse en nombre de Jesús. Pero sobre todo en el nombre de Jesús tiene lugar la auténtica oración (Mt 18,19s; Jn 14,13s; 15,16; 16,23-26, 1Jn 5,130. Podemos concluir que en el nombre de Jesús se encierra la plenitud de los dones divinos de la gracia y cuando los discípulos se sitúan en su órbita no sólo pueden actuar en su nombre sino con su fuerza.

La eficacia del nombre de Jesús tiene una especial importancia para la oración, de la cual se dice en el Nuevo Testamento que ciertamente es escuchada: "toda lo que pidáis en mi nombre, os lo concederé" (Jn 14,13s), "hasta ahora no habéis pedido en mi nombre; pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo" (Jn 16,23s). Igualmente en otros lugares se habla de la eficacia de la oración (Me 11,24; Mt ?,?-11; 21,22; Jm 1,6; 1 Jn 3,22).

Supuesto que del bautismo se afirma que acontece "en el nombre de Jesús" (Hch 2,38; 8,16; 10,48; 19,5; cfr Rm 6,3), debe colocarse entre las acciones que se realizan en este nombre. ¿Puede pues considerarse el bautismo como una oración en nombre de Jesús? A favor de ello militan los siguientes argumentos: 1) En 1 P 3,21, se afirma explícitamente que el bautismo actúa como oración y se añade "por la resurrección de Jesucristo". Pero supuesto que el nombre no es un puro nombre sino que significa la totalidad de la persona, las expresiones "en el nombre de Jesús" y "por la resurrección de Jesucristo" pueden considerarse como equivalentes. 2). En Hch 22,16 se dice: "Levántate, recibe el bautismo y lava tus pecados, invocando su nombre (de Jesús)". El bautismo y la purificación de los pecados se realiza en cuanto se invoca el nombre de Jesús. Esta expresión coincide en cuanto al contenido con 1 P 3,21. 3). En Hechos, bautismo de agua y del Espíritu se distinguen, pero el primero se ordena al segundo. También en Hechos se subraya el papel de la oración en orden a la venida del Espíritu. Si se interpreta el bautismo de agua como una oración en nombre de Jesús, entonces aparece la relación entre bautismo de agua y del Espíritu. El hecho de que a veces el bautismo del Espíritu preceda al de agua, y otras veces advenga luego, no tiene importancia, pues para la oración el tiempo no cuenta. 4). De la oración en nombre de Jesús se dice expresamente que es escuchada y en este nombre los hombres se salvan (Hch 4,12; 2,21). En 1 P 3,21 se dice por una parte que el bautismo salva, y por otra el bautismo es definido como "oración". Esta aparente contradicción desaparece si se tiene en cuenta que para el Nuevo Testamento no cualquier oración es ya en nombre de Jesús. Por ser oración en nombre de Jesús, es escuchada y salva.

De todos estos argumentos podemos concluir que por lo menos en Hechos y 1 a carta de Pedro, el bautismo es entendido como oración en nombre de Jesús. ¿Vale también para las cartas paulinas?

En los escritos paulinos rara vez hallamos la fórmula "en nombre de Jesús", pero en su lugar encontramos repetidamente la expresión "in Christo" y los verbos que comienzan con la partícula "syn" (=con): conmorir, ser concrucificado, conresucitar, consufrir, conpadecer, conreinar, ser conglorificados, ser configurados... Toda la teología paulina

está dominada por la idea de que los creyentes están en Cristo, y todo cuanto realizan como creyentes, lo hacen con él. También, pues, el bautismo que Pablo designa como consepultura pertenece a las acciones que se realizan "en Cristo", con él, o en su nombre. El bautismo para Pablo se orienta hacia un cambio de vida y hacia una irrupción del Espíritu, pero esto no como si el bautismo fuera un "instrumento" impersonal para conseguir la gracia, sino como algo personal y dialogal: una oración al Padre, por el Hijo, pidiendo la acción del Espíritu. El bautismo de agua, tanto en Lucas, como en Pablo y en la 1.^a carta de Pedro es una oración en nombre de Jesús (o en nombre del crucificado, cuya salvífica muerte se reconoce) en orden a pedir la conresurrección o el bautismo del Espíritu. Pablo, con todo, al identificar el bautismo precisamente con la consepultura y no con otras expresiones, insinúa que el bautismo no es cualquier acción en Cristo, ni cualquier oración, sino una oración muy peculiar y única: como Cristo murió una sola vez por los pecadores, así el bautizado es sellado y denominado de una vez para siempre con relación a esta muerte. La iglesia bautizante pronuncia sobre el bautizado su oración en nombre de Jesús de la forma más oficial, para pedir la conresurrección, el Espíritu, la vida nueva y la filiación divina. El bautizando no se autobautiza, sino que es bautizado por la iglesia bautizante. El bautismo es por su misma estructura una oración comunitaria en nombre de Jesús, cuya eficacia está prometida por Jesús (Mt 18,19).

El bautismo es al mismo tiempo una oración única y comunitaria de la iglesia y un rito de admisión a la comunidad de los creyentes y orantes. Pero este rito tiene una estructura diversa a la de los ritos de iniciación paganos y no se puede explicar simplemente de forma psicológica o sociológica: es la oración primordial (Urgebet) de aquella comunidad de fe a la que el bautizado se agrega.

El bautismo como plegaria primordial en nombre de Jesús (o de la Trinidad) no se funda en una iniciativa privada, sino en el mandato de Cristo. Aunque la fórmula de Mt 28,19 "Bautizad (a todas las gentes) en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo" presupone una teología neotestamentaria ya más evolucionada, lo que es cierto es que la iglesia primitiva desde el comienzo bautizó y esto sólo se explica por el hecho de que la comunidad postpascual se sintió obligada a ello. Dejamos abierta aquí la cuestión de si esto se debió a un encargo que de algún modo provenía del Resucitado, o simplemente del hecho del bautismo de Juan y de la llamada de Jesús a que sus discípulos le siguieran.

V. Los efectos del bautismo

Tal vez esta presentación del bautismo como oración única y comunitaria en nombre de Jesús, puede causar la impresión que se aparta de la tradición de la iglesia. ¿No se había dicho siempre que el bautismo causa la santificación del hombre?

Si toda oración en nombre de Jesús puede tener la certeza de ser escuchada, esto vale de forma especial para la oración única, comunitaria y primordial de la iglesia, que es la forma más oficial de oración en el nombre de Jesús y a la que se promete el ser escuchada de forma infalible. Por este motivo se puede decir que el Bautismo causa o produce la irrupción del Espíritu.

Esta visión del bautismo como oración no devalúa el rito, sino que el rito puede ser considerado como una materialización visible de la palabra y de la oración. En la acción bautismal de sumergirse en agua (o en la aspersion) se expresa de forma más clara que en la mera palabra que el bautizado recibe el don del Espíritu, sólo a través de la muerte. Rito y palabra no se pueden oponer, sino que el mismo rito encarna la palabra. Toda visión mágica del sacramento queda así excluida, ya que el rito no obra por sí mismo, sino en cuanto encarna una oración de alianza entre Dios y los hombres.

Esta concepción del bautismo permite resolver los problemas sobre la necesidad del bautismo y la salvación de los no bautizados. Por una parte al ser el bautismo de agua una oración eclesial para pedir el Espíritu, hay que afirmar que esta oración produce el bautismo del Espíritu, y así se comprenden las expresiones sobre la necesidad del bautismo para la salvación. Pero también queda claro que Dios puede conceder el bautismo del Espíritu incluso sin una previa petición humana. La distinción entre bautismo de agua y del Espíritu impide negar el bautismo del Espíritu a los no bautizados y permite comprender cómo la acción salvífica de Cristo abraza a todos los hombres.

Pero esta universalidad del bautismo del Espíritu hace surgir la pregunta sobre el por qué es necesario el bautismo de agua dentro de la iglesia. La respuesta a esta cuestión se ilumina por el hecho de que Dios ha establecido su alianza con los hombres, quiere entrar en relación con ellos, y esto supone que su acción sea reconocida explícitamente por los hombres. Y aunque Dios puede actuar sin este reconocimiento por parte de los hombres, pertenece a la plena realización de la Alianza que a la acción de Dios corresponda una respuesta humana, y esto acontece de forma ejemplar en la oración bautismal. Sin el bautismo puede haber salvación, pero sin bautismo como oración primordial de la iglesia no se da expreso reconocimiento, en oración y acción de gracias, de lo que Dios ha hecho y hará. Sin bautismo no es posible la existencia de una liturgia cristiana. Todo cuanto el Espíritu de forma oculta realiza en lo más profundo de los corazones, se manifiesta en el bautismo de forma definitivamente visible. Por esto Santo Tomás puede afirmar, en conexión con los datos bíblicos, que por el bautismo el fiel es capacitado para el culto divino.

Tradujo y extractó: VICTOR CODINA